

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

NOTABILIDADES CANARIAS ANTONIO DOMINGUEZ ALFONSO



Este joven diputado es orador distinguido, cuyo mérito le ha dado un buen puesto en su partido.

Pills

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—ESPAÑA CÓMICA. XLII. Santa Cruz de Tenerife, por Sinesio Delgado.—La calentura, por Eduardo de Palacio.—Sin comerlo ni beberlo, por José Estremera.—Consejos, por Luis de Ansorena.—El jockey del Vizconde, por Fiacro Irayoz.—Lo que sucede, por José Rodao.—Epigramas, por Luis López.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Antonio Domínguez Alfonso.—Santa Cruz de Tenerife.—Al empezar el duo, por Cilla.



Ahora resulta que la leche productora de los cólicos madrileños no había sufrido adulteración en su importante salud.

El Ayuntamiento ha declarado por conducto de los periódicos que aquel sabroso líquido no contenía sustancia alguna nociva.

La leche, á Dios gracias, estaba buena; pero todos cuantos la probaron sintieron retortijones, de lo cual se deduce que no conviene tomarla pura, y que lo mejor es llegar á una lechería y decir al dueño con muy buenos modos:

—Yo de buena gana tomaría un vasito de leche; pero me va V. á hacer el favor de adulterarla.

—Hombre, ¿por qué?

—Porque se ha demostrado que cuanto más pura la venden VV., más cólicos produce.

Aquí suceden las cosas más extraordinarias del mundo. Estamos bebiendo toda la vida agua de vejeto, en vez de leche de cabras, y la digerimos perfectamente. Pero se deciden los industriales por la legitimidad, y se nos indigesta la mercancía.

En otro país cualquiera habría resultado que la leche no era leche ni los alcaldes alcaldes; pero en Madrid sacamos en consecuencia que todos los que han tenido cólicos son unos insensatos.

La autoridad ha ido á preguntarles:

—¿Dónde siente V. el dolor?

—Aquí, en el vientre, á mano derecha, entrando.

—¿Y tiene V. el valor de calumniar á la leche? ¿Por qué le ha cogido V. esa tirria?

—Señor, yo no la falto en lo más mínimo.

—¿Qué otra cosa ha comido V.?

—Judías estofadas.

—¡Qué barbaridad! ¿A quién se le ocurre comer judías estando sofocado? ¡Después se quejan VV.!

Una de las víctimas, según averiguaciones de la municipalidad, había comido *sangre fría* (¡qué horror!) y pan tierno y agua del botijo.

Si la autoridad continúa averiguando, llegaremos á saber que otro de los pacientes se había desayunado con un tricornio de la guardia civil á la vinagreta, ó con un sombrero hongo cocido en su propia tinta.

La cuestión es demostrar que los vendedores de leche son unos caballeros y todos los consumidores unos brutos incorregibles, mejorando lo presente.

Preciso es convenir en que la humanidad come una porción de cosas malsanas, empezando por los embutidos, esos cartuchos rellenos de piltrafas fósiles, y concluyendo por el bacalao, que es una especie de característica flaca y marítima.

Hay además muchas personas que muestran una inclinación invencible hacia todo lo verde y comen los tronchos de la col y las vainas de los guisantes.

—A mí deme V. siempre cosas frescas—nos decía una señorita romántica y fea por consiguiente.—Detesto las

carnes por lo sudoríficas y pegajosas. Por mi gusto me alimentaría solamente con vegetales: arroz, escarola, to-millo y albahaca.

Pero nadie como el chico de una vecina nuestra que se crió en el campo, junto á un par de bueyes y unos tíos, que no tienen familia. El muchacho llegó á Madrid mugiendo como un becerro natural y dando topetazos á los parientes; lo primero que hizo fué comerse una planta de claveles dobles que conservaba su madre como oro en paño.

Ya se nace así; pero además, no hay nada que influya en nuestras inclinaciones como la educación y el ejemplo.

Colocad á un niño en la cuadra al lado de un jumento manso, y una de dos, ó llegará con el tiempo al rebuzno natural ó ingresará en una academia.

Ya vuelven á decir los inteligentes que hay duros falsos.

¡Esto es atroz! Mañana ó pasado tengo yo un duro—aunque sea atrevida la suposición—y no voy á saber si debo alegrarme del todo ó si ha sonado la hora de mi ruína.

No hay nada más triste que llegar á una tienda con un duro falso. El comerciante le mira á uno sonriendo, después arroja la moneda sobre el mostrador y dice:

—Eso no sirve para nada.

—¡Cielos!—exclama el dueño del duro adulterado ó adulterino.

Después el comerciante llama á un compañero y ambos cuchichean en voz baja sin dejar de mirar al del duro, y algunas veces hasta llegan á decirle en tono zumbón:

—Aquí es difícil pasarlo ¿sabe V.? porque tenemos mucha costumbre de manejar intereses. Llévelo V. al estanco á ver si cuela.

La víctima sale bufando y los de la tienda quedan haciendo chistes en perjuicio del comprador.

Aun llevando duros legítimos, hay comerciantes que cuando despachan parece que nos dispensan el mayor de los obsequios.

—¿Tiene V. corbatas?

—¿Corbatas? Querrá V. decir *plastrones*.

—No señor, corbatas.

Sonrisa crónica del comerciante.

—El nombre verdadero es el de *plastrones*.

—Bueno, ¿las tiene V., sí ó no?

—¿De qué precio las desea V.?

—Hombre, lo que quiero es comprarme una corbata; me dice V. lo que vale, y en paz.

—Corriente... A ver, Pituso, bájale corbatas á este caballero. *Faxhionables extra*.

El comerciante no se digna entretenerse vendiéndole á usted una mísera corbata y delega en un dependiente chiquitín, con cara de perro de lanas, que abre la caja y rompe á hablar como si le estuvieran dando cuerda:

—Mire V., cosa elegante; es lo que más se gasta; *plastrón* última novedad; gro superior, muelle americano...

—¿Cuánto?

—*Se la pondré á V. en catorce reales.*

—Doce.

—Me cuesta más.

—¿Á tí?

—Es un decir que tenemos.

—¿La llevo ó no?

—D. Joaquín—dice el chico dirigiéndose al principal.

—H. V., y ofrece 12.

El principal, desde el fondo de la tienda y sin dignarse mirar al parroquiano:—¡Dásela!

A V. le entran ganas de echarse á los piés de aquel comerciante generoso y besarle la mano respetuosamente, porque pronuncia el «dásela» con la misma entonación que si dijera:

—Podría matarle á V., pero le perdono la vida y además le señalo una pensión.

Y sale V. de la tienda sin corbata y sin paciencia para sufrir á aquel distinguido bruto que paga contribución, en vez de estar tirando de una carreta.

En cambio, hay dependientes que ven á uno por primera vez en su vida y comienzan por llamarle «querido,» y por preguntarle por la familia y por los niños...

¡Ay, Dios poderoso! Cada vez que tengo que comprar cualquier cosa, me tiemblan las carnes...

LUIS TABOADA.

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

XLII

SANTA CRUZ DE TENERIFE

Como Venus nació de entre la espuma, símbolo del amor y la belleza surgieron sobre el mar, entre la bruma sacando la cabeza, unas islas hermosas y fragantes, bandada de palomas (como decían los poetas antes), con diademas de perlas y diamantes y ambiente de perfumes y de aromas. España las tomó por dicha suya, y, como todo lo que toma España, no es de extrañar que el pueblo las incluya en el reino sin fin de la patraña.

(El párrafo ha salido medianía y no he dicho al final lo que quería; lo escribiré más claro, si es posible, á ver si logro hacerlo inteligible.)

Es muy común creer que las Canarias son islas solitarias, rocas negruzcas de granito y hierro, tan inhospitalarias que sirven nada más para destierro.

¡Y vea usted las cosas!

Son las islas Canarias tan hermosas, que el Supremo Hacedor en ellas quiso poner la imagen fiel del Paraíso.

Un pedazo del África, el más bello, el más exuberante de alegría, con el mágico sello formado en el troquel de Andalucía, arrancado del lienzo por sorpresa y arrojado al azar en el abismo: eso es Canarias, Santa Cruz es esa, y el que la vea pensará lo mismo.

Es colosal tarea la de dar en cien versos una idea de aquel prodigio inmenso de hermosura. Desde cada azotea se alcanza un horizonte de verdura que entrega sus aromas al ambiente y da perfume y vida eternamente. La mar, que la rodea, mezcla á aquella armonía sus rumores y reúne el vaivén de la marea sus auras al perfume de las flores. La enorme cordillera de Orotava, cuya mole gigante en su cadena de oleaje esclava saluda á gran distancia al navegante; el valle pintoresco que se tiende en la falda del monte reclinado y fascina y sorprende como vergel magnífico encantado; la dulce sencillez de los isleños, que recuerda los pobres caseríos del Miño ribereños...

los bosques, las montañas y los ríos... juntas, en fin, para mayor delicia, Granada, Baleares y Galicia.

Costumbres patriarcales, habla dulce, simpática y graciosa y auras primaverales bañadas en la esencia de la rosa. ¿Querfais más aún? Pues quedan luego las hembras de belleza soberana, con la mirada lánguida y el fuego de la tierra africana. Todos los empleados que á ganarse la vida se van á las Canarias destinados, se casan en Canarias enseguida...

Santa Cruz es preciosa, una monada, como dicen ahora; por lo cual es sin duda visitada

por ese mundo inglés, que no hace nada, y visita y admira lo que adora. Y olvidando la célebre paliza que aplicaron á Nelson los canarios, sus libras va regando, y sublimiza con ellas los jardines solitarios.

La intrusión extranjera acaso logrará que conozcamos en toda su importancia verdadera aquella joya de que somos amos, y entonces la nación hará justicia... y en la cuenta caeremos con delicia.

La cochinilla, fuente de riqueza y de inmenso valor en el mercado, há recibido un golpe malhadado que ha partido á Canarias la cabeza; pero si en mí consiste, juro y prometo á tan amable gente que caerá la anilina de repente y tendrá menos precio que el alpiste. ¡Lo malo es que la suerte despiadada me impide hacer en el asunto nada!

Un aviso al viajero: Se pierde allí la idea del dinero y entre *fiscas* y *pesos* y *tostones* si dicen:—Esa chica te conviene porque tiene de renta dos millones— ¡no se sabe de fijo lo que tiene!

SINESIO DELGADO.

LA CALENTURA

Era una colección de fieras completa: una *menagerie* con ejemplares rarísimos.

No digo en una capital de provincia de tercera clase, sino en París ó en Londres, ó en cualquiera otra población acostumbrada á ver fieras diariamente.

En particular el león era un ejemplar notabilísimo.

¡Qué majestad y qué libertad, y qué fraternidad!

Cuando M. Danton le presentaba al público, excitaba la admiración general, incluyendo al Gobernador civil entre los admirados.

M. Danton no era ni lo uno ni lo otro; es decir, ni *monsieur* ni Danton, sino un español que había viajado, no sé si por cuenta del Estado ó con sus propios recursos; él aseguraba que de *nuto proprio*.

El nombre del carnicero de París se le había quedado en la memoria, y le adoptó como nombre de guerra.

Había adquirido las fieras, según él relataba, en sus viajes de exploración al África y á otras estaciones balnearias.

Cuando llegó M. Danton con su *menagerie* á la capital donde «ocurrió el suceso» (como dicen los periódicos de noticias é intereses fundamentales), hubo cierta alarma.

El Gobernador, que era un joven tan ilustrado, en zoología particularmente, como el mismo Danton, opuso algunas razones á la petición del domador para exhibir sus fieras.

Personas principales de la población aconsejaban á la primera autoridad que negase el permiso.

—Ya V. ve,—le decían—V., al fin, es forastero; pero nosotros que somos del país, estamos mucho más expuestos á desgracias.

—Es preciso—dijo el Gobernador á M. Danton—que me garantice usted, por medio de personas de arraigo en la provincia, que sus fieras son inofensivas; de lo contrario, me veré imposibilitado de complacerle; y lo lamentaré, porque basta que V. sea extranjero, para que yo procure ayudarle y evitar complicaciones internacionales.

Este ú otro discurso parecido empleaba el Gobernador, porque los hay capaces de esto, y aun de mucho más.

Pero al fin, consiguió M. Danton, merced al apoyo de algunos electores bien acomodados, que le autorizase la apertura de la exposición la primera autoridad en el ramo y en otros.

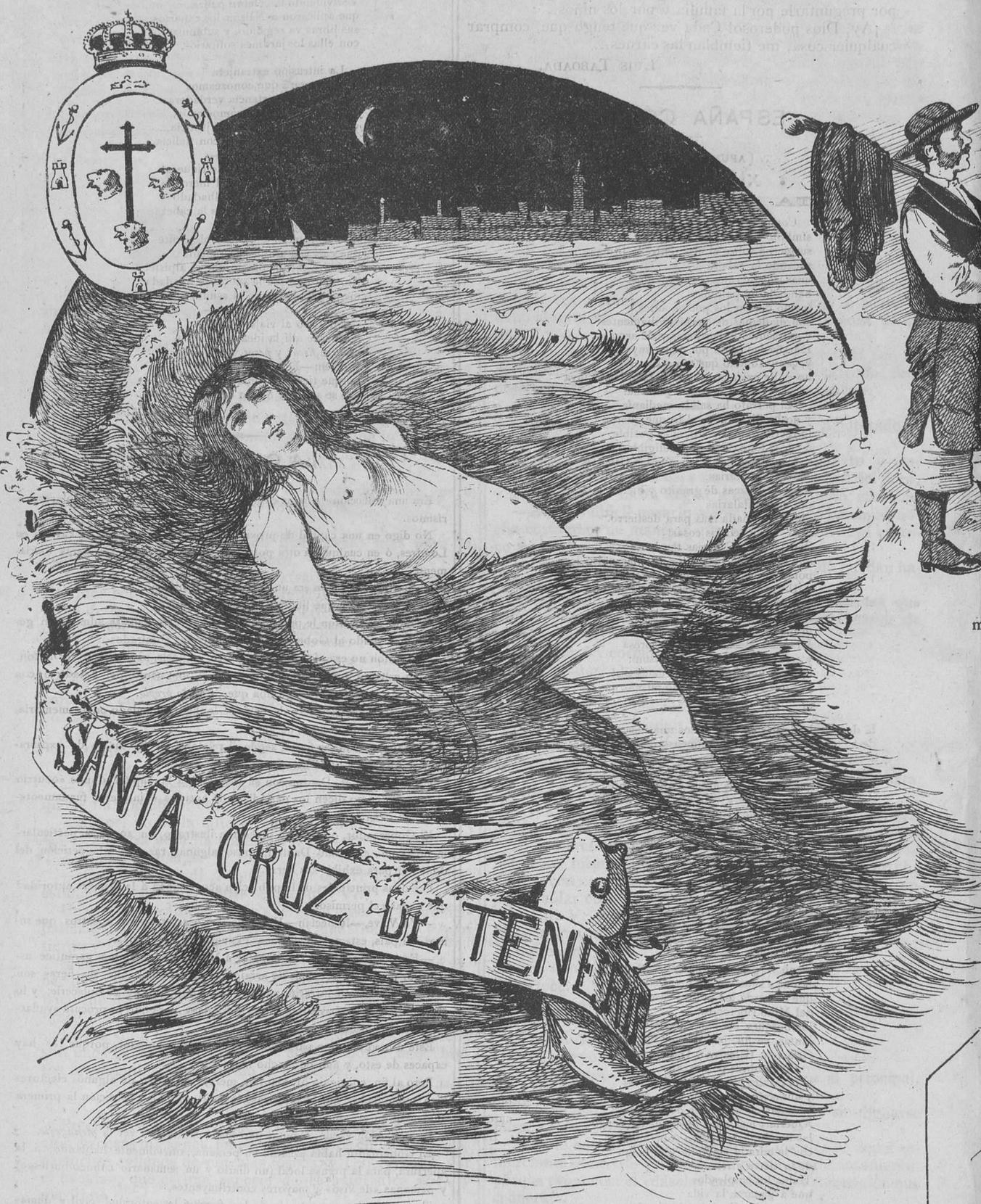
La población vaciló, algunas personas acudieron á ver la *menagerie*.

El Gobernador había asistido en persona, oficialmente hablando, á la apertura, para la prensa local (un diario y un semanario cómico-burlesco) y personas «de viso» y mayores contribuyentes.

Terminada la presentación de las fieras á la autoridad civil y demás señoras y señores invitados, se sirvió un lunch para todos, exceptuando, por supuesto, á las fieras.

Pero el público tenía un acontecimiento desgraciado.

M. Danton consiguió que el Gobernador dijese en los carteles, ó M. Dan-



—¿Qué güelta trais? ¿Vas de parranda?
 —No seyas comediante. Vengo de cas seña madre...



Un mago mantuano.



Los huéspedes del hotel Sanatorium, que vienen á visitar el pico de Teide.



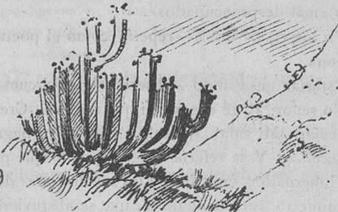
El canario más sonoro.



(Una lucha en Geneto.)
 —¿Estamos?
 —Estamos.



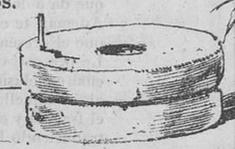
Lechera.



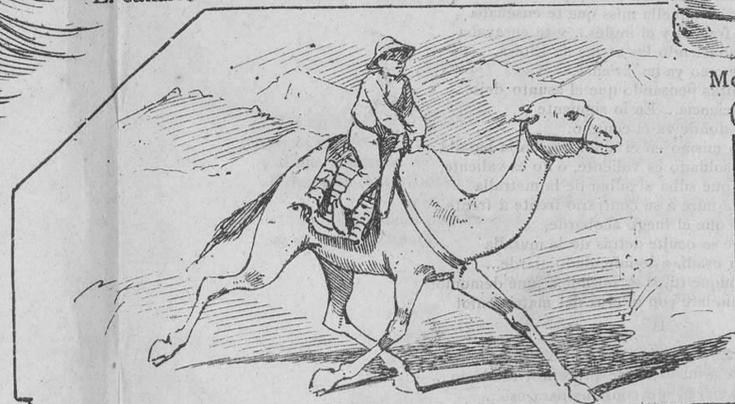
Cardón.



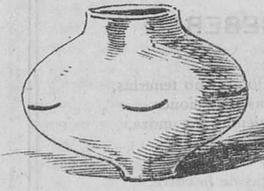
Gánigo.



Molino para gofio (harina de maíz).



El sistema de locomoción.



Bernegal.



Drago.

ton en nombre del Gobernador, aseguró al público la inmunidad completa, aun en caso, imposible, de evasión de las fieras.

Esta advertencia sacó del retraimiento á los ministeriales, que aunque no tenían muy alto concepto de la capacidad del Gobernador, creían, oficialmente, en sus palabras.

Pero los habitantes de oposición no asistían al espectáculo.

Uno de los diputados provinciales, que tenía en su casa varias hojas del Buffon, procedentes de envolturas de pastas finas, y que, por consiguiente, era entendido en historia natural, creyó observar en algunas fieras indicios de civilización y rasgos impropios de animales feroces.

Pero aunque su cultura pudiera servir de garantía á las gentes para dar crédito á las observaciones, no se le dieron.

La prensa local también andaba dividida.

El diario, que recibía inspiraciones del Gobernador civil, se declaró protector de M. Danton y familia, y cada día publicaba un suelto encomiástico.

El semanario cómico, por el contrario, sacudía «cada palo» al domador y al espectáculo, que ponía los pelos de punta á M. Danton.

Llegó el semanario hasta publicar noticias alarmantes respecto á la seguridad de las jaulas, y otros excesos humorísticos.

M. Danton visitó inútilmente al director del semanario, que era un joven de la clase de vigésimos que servía á la patria con muy buena letra como escribiente del reino, en oficinas de Hacienda.

Y aun había escrito uno ó dos juguetes cómicos para un teatro de sociedad local.

Inflexible á los ruegos y á los obsequios del francés, continuaba la emprendida campaña destructora.

Á esto vino á unirse el descubrimiento que, casualmente, hizo un sacerdote de la localidad, persona muy querida y respetada en la capital.

Lo aseguraba el hombre bajo su palabra, y consiguió alarmar á los espíritus «más despreocupados».

—Yo los ví, yo los ví—repetía como el poeta,—abrazados el domador y la leona.

—Estarían ensayando—observó algún circunstante.

—No señor; ¿Qué ensayo ni qué narices? ¿Creen VV. que yo soy tonto? Y la decía: «¡Mi vida!... ¡Rica!...» ¿Eh? «No hagas caso de ese animal, no te merece...»—Y se refería al león, por lo que pude inquirir.

El Gobernador, en vista de las revelaciones del cura, llamó á M. Danton y le amonestó, recomendándole que se abstuviera de amores bestiales.

El domador aseguró al Gobernador que le habían engañado.

Pero no tardó en descubrirse la verdad.

Una noche, y cuando el Circo estaba lleno de personas, en plena representación, y como el león viera que M. Danton se extralimitase en sus ejercicios con la leona, se lanzó sobre él y la emprendió á mordiscos y puñetazos.

Un grito de horror resonó en la sala.

—¡El león con la calentura!—gritó un espectador.

Y el público se lanzó en tropel á las puertas.

El domador procuraba inútilmente desprenderse de la fiera y tranquilizar al público.

La leona cayó como herida por un rayo.

Entonces el león se adelantó, y dirigiéndose á la concurrencia, cuyo terror aumentó con aquel avance de la fiera, dijo:

—Señores, soy un desgraciado que adoro á esta mujer, y este bribón quiere robarme su cariño...

Era, efectivamente, un pobre hombre que hacía de león para ganarse la vida.

Ella había hecho ya en varias temporadas de merluza y de pájara y demás en teatros del género, y ahora hacía de leona.

EDUARDO DE PALACIO.

SIN COMERLO NI BEBERLO

I

Por males de sus pecados érase don Luis de Robles alférez contra su gusto en los tercios españoles. Segundón de una familia muy encopetada y noble, le hicieron tomar las armas como se estilaba entonces. Mas desde sus mocedades tímido, apocado y torpe, para la vida eclesiástica demostró especiales dotes.

No huyendo, por no tenerlas, de las malas tentaciones, sentía en viendo una moza, sobresaltos y temores. Retraído y no pensando en las fiestas de la corte, dejaba toros y cañas por novenas y sermones. Con su compañía á Flandes el fiero deber llevóle; cartas lleva en su favor de caballeros y próceres, y halló alojamiento en Gante

en casa de un gentil hombre deudo suyo, quien fiado de los elogios é informes que traen las cartas, tratarle como á un santo se propone.

II

Cuando en el reloj vecino sonaba la media noche, don Luis, solo en su aposento, rezaba sus oraciones; y después de murmurado el último *pater noster*, quitase ropilla y gola quedando en paños menores. Mal hecha estaba la cama, mal mullidos los colchones, y eran muy malos los lienzos y las almohadas peores. Como él no quiere que nada en el lecho le incomode, para arreglarlo, decide llamar á la maritornes. Preséntase la mozueta, que era *flamenca in utroque*, con los ojos soñolientos y las ropas en desorden; don Luis habla en castellano, ella en flamenco responde, pero no entiende ninguna palabra de lo que oye. Como ve que es imposible que hablando su objeto logre,

al lenguaje de la mímica tiene que acudir el pobre. Llevándola hacia la cama, por una mano la coje y señala con la otra los mal mullidos colchones. Ella, sabiendo las mañas que tienen los españoles y que, de grado ó por fuerza, logran amantes favores, creyendo ver en los gestos impúdicas pretensiones, á los de casa despierta pidiendo favor á voces. Llega el huésped, y á la moza demanda del caso informes, y ella dice que el alférez liviandades le propone. Escandalízase el dueño, prorrumpie en exclamaciones, y de su casa al alférez echa á puñadas y á coces.

.....

A poco recibió cartas la ilustre familia Robles, diciendo que es el don Luis un don Juan de los peores, y que faltando al respeto debido á su ilustre nombre, con sus torpes liviandades ha empañado sus blasones.

JOSÉ ESTREMERÁ

CONSEJOS

I

¿Que mi consejo del error te avise?... Como eres el retrato de la mujer á la que tanto quise, no me hallará tu confianza ingrato. Pero debo advertirte, antes de nada, que, estando arrepentido de mi vida pasada, soy al presente un sér ennoblecido, con algo de Catón en la mirada. Que de aquel loco afán ni átomo queda, y juzgo las acciones con el seso del que quemó los libros de Espronceda y lee las sesiones del Congreso. Hecha esta salvedad, sigo adelante. ¿Conque quieres á un hombre, y la ternura puede salir de tu razón triunfante?... ¿Y temes?... No me extraña: la locura es siempre contagiosa en todo amante. Y tú eres como aquella débil mujer, que me robó la calma: llevas dentro del alma el fuego abrasador de la centella. Y, aunque ves un abismo en el pecado, hondo y tenaz te acosa ese anhelo voraz de lo ignorado que da á la carne vibración nerviosa. Además, te educaron de tal modo, que el presente final era obligado... Le presenté del todo, cual conclusión precisa, al ver aquella miss que te enseñaba el francés y el inglés... y te ensayaba traduciendo las cartas de Eloísa. Te creo ya impaciente, quizás pensando que el asunto dejo... Paciencia... En lo siguiente es donde va el consejo: Lo mismo en el amor que en la batalla el soldado es valiente, ó no es valiente; el que silba al silbar de la metralla que mire á su contrario frente á frente. Al que el fuego acobarde, que se oculte detrás de la muralla sin osadías de infundado alarde... Conque tú, si es posible... ¡qué demonio! ¡blíndate con la cruz del matrimonio!

II

Ayer te ví en el campo, y te confieso que á mi papel de preceptor renuncié... ¡Si sirven mis consejos para eso... se los pides al Nuncio!...

LUIS DE ANSORENA.

EL JOCKEY DEL VIZCONDE

Señor Marqués de la Pista,
Vizconde de la Cebada,
gran cruz de no sé qué clase,
y acaso grande de España:
Aunque me expongo á que diga,
cuando reciba esta carta,
que soy un entrometido,
lo cual no me importa nada,
va á permitirme Vucencia
que le diga, en confianza,
cuatro ó cinco claridades
que es fácil que le hagan falta.
Sé que Vucencia ha comprado
hace algún tiempo una jaca,
que corre que se las pela,
que ni un huracán la alcanza,
y que en varios hipodromos,
entre vítores y palmas,
ha alcanzado muchos premios
y ha obtenido mil ganancias.
Sé que Vucencia la cuida
con un cariño que pasma,
y que por cuidarla tanto
ha dejado abandonadas
sus haciendas, su señora,
sus asuntos y su casa.
Sé que sus ocupaciones
se reducen á la jaca,
y á pensar en los arreos,
y á cuidar de la cebada,
y á mirar las herraduras
y á buscarle buena paja.
Que está intranquilo Vucencia,
que Vucencia no descansa,
que no tiene más negocios
que su jaquita castaña,
ni más comida que el pienso,
ni más sitio que la cuadra,
y, entre tanto, su señora,
la Vizcondesa más guapa
que ha brillado en los salones
de toda la aristocracia,

se halla triste y aburrida,
víctima de la nostalgia.
¿Qué tiene la Vizcondesa?
¿Qué le ocurre? ¿Qué le pasa?
Antes alegre y risueña
los salones frecuentaba
corriendo tras el bullicio,
persiguiendo la algazara,
y hoy ha cambiado de un modo,
que apenas sale de casa,
y si alguna vez va á misa
suele ser á la del alba.
Como hay gentes tan perversas,
y existen lenguas tan malas
que juegan con la calumnia
y gozan con la desgracia,
hay quien dice de su esposa
que está muy enamorada
de ese *jockey* alfeñique,
desgarbado y mala facha,
que al servicio de Vucencia
tiene dentro de su casa.

Hay también quien asegura,
aunque yo ignoro la causa,
que mientras está Vucencia
tranquilamente en la cuadra,
y quita al *jockey* su puesto,
éste le quita su plaza,
y está con la Vizcondesa
pelando, juntos, la pava.
Si es verdad lo que se dice,
si es exacto lo que se habla,
lo que Vucencia merece
es que pongan á la jaca
la mantilla con coronas,
y con el escudo de armas,
y con cintas y con cruces,
y collares y con placas,
y á Vucencia, por imbécil,
ya que le gusta la cuadra,
que lo amarren al pesebre
con ronzal y con albarda.

FIACRO YRÁYZOZ.

LO QUE SUCEDE

Para tratar de cuestiones
de interés y mucho *peso*
convocaron un congreso
cierto día los ratones.

La sesión iba á empezar
y un ratón dijo al concurso:
—Yo voy á echar un discurso,
y en él voy á denunciar
mil faltas graves y mil
abusos, robos, chanchullos...
en fin, todos los barullos
de la raza ratonil.—

Al oír palabras tales
se quedaron asustados
senadores, diputados
y ratones principales.

Abierta ya la sesión
iban las horas pasando...

¡buena se armaría cuando
empezara aquel ratón!

Pero al ver que terminaba
el congreso, y no decía
siquiera, «esta boca es mía»
el que antes tanto gritaba,
al ir el acto á acabar

dijo un ratoncillo inquieto:
—¿Pero no habla ese sujeto
que decía que iba á hablar?

A lo que le contestó
un ratón sesudo y listo:
—¡Pero si es que usted no ha visto
lo que acabo de ver yo!

—¿Qué ha sido?

—Que á ese *camueso*
le oyó el que aquí nos convoca,
y le ha tapado la boca
con un pedazo de queso.

JOSÉ RODAO.

EPIGRAMAS

De mi amigo don Jacobo
tarjeta ayer recibí,
y al pie, admirado leí:
«Echegaray (antes Lobo).»

Hoy me ha dicho don Pascual
que su esposa Leonor,

tiene, según el doctor,
un cálculo vexical.

Me ha causado gran tristeza
porque es una buena amiga,
aunque falta en su cabeza
lo que tiene en la vejiga.

LUIS LÓPEZ.



En el teatro de la Alhambra ha debutado con la ópera *El Trovador* una nueva cantante, la Srta. *Negrini*, que á pesar de este apellido es andaluza, y guapísima por más señas.

Todos los periódicos la dedican merecidos elogios y reconocen que es una artista de excelentes condiciones, y que no tardará en figurar dignamente entre las de *primo cartel*.

Adelante, pues, que el éxito tan justamente alcanzado es garantía de que el porvenir de la Srta. *Negrini* no tiene nada de... *negrimi*.
Amén.



Viendo que un zorro en el cerro
persigue á Paco Chamorro,
cojo la porra y el perro,
corro al cerro y zurro al zorro.



Somos verdaderamente incansables.

¿Han notado VV. la reforma introducida en el presente número?

¿No? ¡Caramba! Pues fíjense VV. y verán que toda la prosa, exceptuando la crónica, va impresa en un tipo de letra mucho más pequeño que el que usábamos anteriormente.

Lo cual tiene la ventaja, para VV., de recibir un aumento de casi dos columnas de lectura más que de costumbre.

¡Ingratos! ¡Y no nos lo agradecerán todavía!



Señor administrador de... (cualquier periódico. El aviso sirve para todos).

Tengo el honor de participar á V., que en Miranda de Ebro hay un caballero... de industria, que se firma Mauro Urbaneja, el cual tiene el feo vicio de pedir ejemplares, y cuando la cuenta ha ascendido á una regular cantidad y él huele la chamusquina, escribir suplicando que giren á su cargo. Con lo cual sigue estafando á la empresa unos cuantos días más, y luego... devuelve la letra.

Conque ¡cuidadito con enviarle paquetes, porque es lo mismo que tirarlos al pozo!



Un ángel en el cielo
pidió á San Agustín un caramelo,
y un oso en la Siberia
mordió á un viajero y le rompió una arteria.
Los niños y los osos
han resultado siempre fastidiosos.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. R. C.—Madrid.—Nuevo... puede que sea, pero no resulta bonito... ¿Gracias? No hay de qué. Sabe V. que se le aprecia.

Sr. R. B.—Madrid.—Tiene gracia, pero ¡es una serie de cosas tan deshilvanadas!...

K. Viloso.—¡Demonio! Eso no se dice en letras de molde.

Satanás.—¡Malos los versos están
oh, Satán, Satán, Satán!

Sr. D. R. R.—Madrid.—Sí señor, todos los suscritores, antiguos ó modernos, tienen derecho á la rebaja.

Mostaza.—No, hombre, esas observaciones no molestan. Pero ¿V. cree que los periódicos franceses tienen gracia de veras? ¡Si la mayor parte de los *mot de la fine* los toman de Jesús Graciá, es decir, de los tiempos de la Nanita!

Un picador.—¡Carape, qué malo es eso!

Un canónigo.—Dios no crea esos sufrimientos... V. confunde á Dios con las chicas extraviadas...

Un pez.—Acabará V. por tener gracia guasona.

Palok.—¡Qué asco da pensarlo!

Kepongordo.—¿Que *Emeterio* se escribe con h? ¡Claro! Habiendo libertad de imprenta...

Serafinito.—Se publicará... en el número extraordinario de San Isidro. (Nota. No pensamos publicar tal extraordinario).

Un bolonio.—También para el extraordinario.

Sr. D. T. A.—Madrid.—Id. íd. con charadita y todo.

Guerrita.—Sevilla.—Pues tampoco maneja V. la prosa superiormente que digamos.

Sr. D. I. S. M.—Madrid.—¡Preciosa, preciosa! Para el extraordinario.

Un capuchino.—Digo lo mismo, padre.

Chiflitas.—Hombre, sí; tampoco estará demás en el extraordinario la nota verde.

Crisis.—Con eso de V., queda completo el susodicho número. ¡Y qué bonito va á ser!

Sr. D. M. F.—Zaragoza.—Demasiado irrespetuosa para la religión de nuestros mayores.

Sor Virginia.—¿Por ahí andáis, hermana? Lo del *gran* chismoso está bien. Y tiene razón, pero... no mucha.

Sr. D. A. Ll.—Tiene muchas incorrecciones, de forma y de fondo.

Sr. D. J. S.—Linares.—¡Canario! Eso no puede ser, porque... ¡de eso vivimos! ¿No hay corresponsal en esa? Pues hombre, por quince céntimos semanales no quedará V. reducido á la miseria.

Sr. D. L. L.—Madrid.—Estoy deseando enviarle á V. el libro; pero ¿cómo, si no me ha dicho V. dónde vive?

Sr. D. M. R.—¡Pero si está mal versificado!

Sr. D. R. S. D.—Es la peor de las que V. me ha remitido. El soneto *El borracho* se publicará pronto, Dios mediante.

Breech.—Si en la Exposición de Barcelona hubiera sección de porqueñas, podría V. llevar eso. ¡Gracioso!

Uno.—No, no mande V. la firma... á no ser que sea capricho...

MADRID, 1888.—Imprenta de Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa, calle de la Libertad, núm. 16.—Teléfono 934

AL EMPEZAR EL DUO



—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaa... ¡t'amo come un loquil

ANUNCIOS

Lit. Espiritu-Santo, 18. Madrid

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 2.160

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPANÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFES
28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
en la Exposición Universal de Paris de 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARÍS

Depósito general. . . . Calle Mayor, 18 y 20

Sucursal. Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCION DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA
FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscritores, 8 pesetas.—A los no suscritores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscritores, 10 pesetas.—A los no suscritores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

Álbum de 50 cartulinas, que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo.—Se pondrá á la venta en el mes de Septiembre, época en que se concluirán los viajes. Se admiten encargos.

PRECIOS

Sin encuadernar. 20 pesetas
Encuadernado en tela. 25 »
Cartulinas sueltas. 0,50 »